

TRADICIONES Y COSTUMBRES LOCALES

La casareña procesión de Jueves Santo

MARTÍN TOVAR SÁNCHEZ

HE visto muchas veces, recogido en las páginas de esta cacereñísima Revista, el relato de costumbres locales, y al leerlo, nos hemos sentido llevados al conocimiento de los pueblos que las perpetúan y esto me ha animado a que mi torpe pluma irrumpa—aún a trueque de quebrantar la armonía equilibrada de sus colaboraciones—temerariamente en el concierto de otras más autorizadas y brillantes. Se aproximan las cristianísimas conmemoraciones de Semana Santa, y una de ellas, es el motivo de esta modesta colaboración.

No quiero decir que sea Casar de Cáceres el pueblo de prácticas y usos más originales, porque involuntariamente me acuerdo de aquel hombre del que se cuenta, dijo en cierta ocasión a un fedatario público: «Sr. Notario, ponga en ese documento que soy bueno, porque si yo no lo digo, no lo dice nadie». Pero sin un átomo de soberbia en mi ánimo,—aunque con orgullo—y sin un adarme de pasión tengo que declarar que la procesión casareña de Jueves Santo, es un acto de fé impresionante y una manifestación de piedad cristiana insuperable y hermosa. Todos los hombres de Casar de Cáceres—ancianos, adolescentes y niños—desagravian públicamente al Divino Redentor y le acompañan la noche de ese día, durante su interminable Calvario. La primera particularidad que ofrece esta procesión, es la de la «puja» o subasta de los brazos de las imágenes. Por lo general, las imágenes van a hombros de hermanos penitentes, llamados de carga, o de hombres pagados. Pero en Casar de Cáceres, no es así, sino que el Domingo de Ramos, por la tarde, en el domicilio del Mayordomo de la Cofradía de la Santa Vera Cruz, se celebra, como ya queda dicho, «la puja» de los brazos, y allí es de ver a toda la juventud, que se desborda en generosidad tratando de superar al resto de los licitadores, ansiosa de llevar sobre su cuerpo un trozo de la Pasión y del Dolor de Nuestro Señor. Entre los jóvenes, es frecuente ver hombres maduros y serios, que subastan algún brazo en cumplimiento de alguna promesa. Y en ocasiones, se ve también por la subasta al casareño, que desde lejanas regiones, viene ese día a pujar un brazo, porque en una necesidad propia o de su familia, ha acudido al Nazareno de su pueblo y al ser escuchado, llega a pagar su manda de gratitud y devoción, y por dinero ninguno deja en blanco deuda con Dios. Esto es su fé pura. Pasado el anochecer de Jueves Santo, empiezan a acudir hombres de todas la edades a la Iglesia Parroquial, acompañado cada uno de su correspondiente vela—el blandón—, y en estos últimos años, del

farol, por la carestía de la cera. Los que tienen niños pequeños en su familia, que se valgan solos para andar, aún cuando sea torpemente, en esta noche de Pasión los llevan de la mano, para que desde chiquitos se acostumbren a perpetuar la tradición gloriosa.

A las diez de la noche, está el Templo totalmente abarrotado de penitentes y da comienzo el sermón—la plática como aquí decimos—que naturalmente versa sobre la conmemoración y misterios de la santa noche. Y terminado éste, se organiza la procesión propiamente dicha, que la forman dos filas inacabables de cristianos, con sus luces encendidas, y en medio de ellas y espaciadas en intervalos cortos, las imágenes—Los Pasos—de «La Oración del Huerto», «Jesús amarrado a la Columna», «La Ventana», o prisión de Jesús, «Pilatos y el Señor escuchando la Sentencia», «La Verónica», «San Juan y La Magdalena», «Nazareno» y «La Santísima Virgen de la Soledad». Es realmente impresionante el recorrido de esta magnífica procesión, sobre todo por la calle Larga, donde por su extensión se puede contemplar todo entero este grandioso espectáculo cristiano, en el que no se sabe si admirar más la forma que su significación espiritual, y donde resulta emotivo el contraste de ver junto al anciano que por el peso de sus años camina arrastrando sus pies, al niño que difícilmente puede andar por sí solo, mostrando al mundo que todos nos debemos a Cristo Señor Nuestro, y enseñando a los que empiezan a vivir, la obligación de acompañar al Dios del Amor en su azaroso y edificante Calvario.

Tan arraigada está en los corazones casareños esta costumbre, que durante mi vida solo recuerdo haber dejado de asistir a esta procesión un año, no obstante haber faltado muchos de este pueblo.

Como detalle extraordinario diremos que las contadísimas mujeres que son autorizadas para asistir a la procesión, han de ir detrás del paso de la Virgen de la Soledad que la cierra, y llevando «mortaja»—que aquí se entiende como una especie de bandolera de lienzo blanco, con la Cruz bordada en negro—y previo pago de una limosna a la Cofradía. A la «mortaja» añaden algunas el ir descalzas durante todo el recorrido, en cumplimiento de algún voto o «manda».

En medio de este profundo y evocador silencio, solo se escucha el pisar lento de los penitentes, que aparece de vez en cuando roto por el murmullo místico de la saeta. Yo invito a todos los hombres enamorados de la Historia, que vengan a vivirla durante unas horas, acercándose a Casar de Cáceres la noche de Jueves Santo; comprobando con sus propios ojos—corporales y anímicos—esta excepcional manifestación de fé cristiana, que tiene sabor de catacumbas. Y en la noche envuelta totalmente de estrellas, por arriba las del firmamento y por abajo las luces vivas y rutilantes, que piensan en lo que somos. Nosotros, por nuestra parte, seguimos pensando lo de siempre: Que esta estampa casareña, que es un trocito pequeño del cuadro de la Semana Santa de España, será inextinguible por los siglos de los siglos.